

EN BUSCA DE UN HUMANISTA TECNICO

(CARTA ABIERTA A UN ALUMNO DE LA ESCUELA)

Sr. D. Juan Ortega Campos.

Mi estimado amigo:

Resulta verdaderamente alentador el encontrar, tal y como me ha ocurrido, hojeando el número de la REVISTA DE OBRAS PUBLICAS correspondiente al pasado mes de marzo, ideas y conceptos como los vertidos por usted en el artículo que titula "En busca de un técnico humanista".

No le oculto que me han venido a recordar mis propios tiempos de alumno cuando en la Escuela publicábamos *Clave*, revista que no sé qué será de ella en estos momentos y en la que expresábamos y dábamos a conocer inquietudes muy similares a las suyas.

Ahora, fíjese, al mismo tiempo me ha asaltado un ligero escozor interno, un algo indefinible — desasosiego le diría —, que me lleva a escribir estas letras en función exclusiva de sus páginas.

Usted menciona, apasionadamente casi, a Teilhard de Chardin y habla (ineludible cita teilhardiana) de evolución, progreso, desarrollo del espíritu y la conciencia. Incluso encuentra aplicaciones de su concepción (yo diría visión) *en todos los dominios* a causa de su *lógica y universalidad* y sostiene que "el hombre que ejerza su trabajo *en cualquier grado* ayudará al progreso de la Tierra en la medida de esa elevada visión de la condición humana".

Asimismo, usted se lamenta de que los planes de enseñanza apenas toquen las ciencias humanas y pone el dedo en lo que usted mismo califica el meollo del problema: la ocupación del ocio.

Yo quisiera, ante todo, destacarle lo que en mi modesta opinión resulta una impropiedad metodológica en Teilhard de Chardin: el *tecnicismo científico* del que hace uso cuando aborda temas que se resisten a ese tratamiento. Henri de Lubac observa que "las categorías, las nociones y los términos usados por Teilhard tienen las características del ambiente científico que le era familiar. La atmósfera que él respiraba era la propia de las ciencias naturales". Este tecnicismo le condujo a la aplicación a las realidades metafísicas y teológicas de un análisis científista y concretamente de su teoría evolucionista, que toma en boca de usted el mismo carácter *totalizador* que en Teilhard: no existe resquicio ni faceta *personal o comu-*

nitaria que escape o pueda escapar a esa visión ascendente y evolutiva ni a la metodología consecuente.

No coincido, pues, con usted en esa universalidad de aplicación de las concepciones teilhardianas. El mismo confiesa que el objeto de su obra son las apariencias fenomenológicas del hombre; lo que puede “verse” y “fotografiarse”, lo que cae directamente bajo la comprobación de las ciencias experimentales.

Por otro lado, usted se refiere a las ciencias humanas. Ya Dilthey distinguió entre ciencias del espíritu y ciencias de la Naturaleza y su expresión viene a recordármelo. Tan sólo pienso que lo que afecta *en forma inmediata y profunda* al hombre resulta esencial y fundamentalmente implanificable; y resiste, por su índole y naturaleza, a cualquier intento de esquematización programada a nivel de enseñanza profesional. ¿Cree usted que un sociólogo por Michigan es, por caso, menos científico o menos tecnócrata que un ingeniero de Massachussets? ¿Por qué es más humano un estudio de motivaciones de comportamiento —forzosamente empírico e instrumental— que utiliza las mismas herramientas epistemológicas que la ciencia en general y de la que sólo se diferencia por el objeto: en este caso, el hombre desindividualizado, pero hombre al fin y al cabo?

Ahora sí hemos tocado el meollo de la cuestión: el hombre qué sea el hombre; en qué radique su naturaleza y su posible perfeccionamiento.

No creo ciertamente, que sea posible someter los niveles profundos de la naturaleza humana, lo que trasciende el puro fenómeno y lo que en última instancia es eje nuclear del humanismo, a un análisis general científico-evolutivo.

Piense en los autores —de categoría comparable a Teilhard— que han abogado por un tratamiento rotundamente disímil del campo experimental de la irrenunciable especificidad y grandeza de lo estrictamente humano: Pascal, Haecker, Jaspers, Heidegger, Lersch, Guardini, Wust, Ebner, von Balthasar, Zubiri, etc.

Cuando usted hable de técnico humanista, ¿no acentúa —consciente o inconscientemente— el término *técnico* y relega el humanismo a una adjetivación más o menos vinculante; pero siempre de segundo grado?

En la obra de Haecker “¿Qué es el hombre?” se encuentra una afirmación sencilla: *lo superior puede explicar lo inferior pero lo contrario no se da nunca*. No es el trabajo, ni la técnica, ni siquiera la utilización del ocio lo que confiere sentido y dignidad a la persona humana; sino que es el hombre quien de por sí hace valaderas las realidades; y el problema agudo y acuciante radica, en primerísimo término, en el propio hombre.

Tampoco coincido estrictamente con usted en que el trabajo, *en cualquier grado*, ayude al progreso de la Tierra (en pura “lógica” teilhardiana habría que decir del Cosmos); ni que la cultura suponga el ahondamiento allí donde se esté hasta que se encuentre la galería excavada por el vecino y la percepción de la convergencia de los esfuerzos; ni menos en que su fin último sea el beneficio de la colectividad.

Todo ello será preciso examinarlo a la luz de lo que el hombre *esencialmente* es; mientras que su descripción alude insistentemente a lo que el hombre *hace*. Por ello, le surge a usted el ocio como problema límite.

Si el hombre se perfecciona en la acción y el perfeccionamiento es continuo e irreversible (a contracorriente con la entropía) a lo largo de la Historia —con lo

que forzosamente se ha de aludir a la especie— es la propia Historia lo que supera al hombre, quien orienta y encauza las existencias individuales; son los *datos*, sintetizados si usted quiere, pero datos al fin y al cabo los que condicionaban al hombre, que sustancialmente no es *dato*, que comporta factores suprahistóricos y no tiene forzosamente que servir a la Historia.

Aquí también llegamos a un punto de fricción (confieso no ser excesivamente teihardiano): el hombre, cada hombre —perdoné mi impenitente referencia al individuo concreto— no es acción, aunque obre; no es historia, aunque esté inmerso en la historia; no es colectividad aun cuando forme parte de ella. El hombre, como diría Pascal, sobrepasa infinitamente al propio hombre, y como naturaleza está más allá de la acción, de la historia y la colectividad.

Heidegger inventa un vocablo nuevo: "Das Gestell" para denominar todo el "artilugio" no específicamente humano que envuelve y asfixia al hombre y, por tanto, rechazable.

Cada existencia supera en calidad (en cantidad no, por supuesto) la idea abstracta de la colectividad; y es, precisamente por ello, por lo que exige una *cualificación* específica del trabajo; por lo que el ahondamiento no resulta positivo *ahí donde se esté* (sin hacer previamente cuestionable el *ahí*) y por lo que la convergencia de esfuerzos no es valor absoluto en sí.

Casi me resulta imposible seguir adelante sin referirme, explícitamente al fenómeno cristiano con toda su amplia complejidad y resonancia (en CLAVE escribí una vez alguna cosa sobre "Técnica y Teología"); pero, no obstante, prefiero, aunque sea de momento, soslayarlo.

Tan sólo quisiera —en verdad he querido y muy amistosamente— hacerle ver que su trabajo me ha interesado muy de veras: y que en el tema a que usted apunta entiendo que el único camino es situar al hombre y lo humano sobrepasando cualquier dato extrínseco; todos esos datos habrán de volverse cuestionables a la luz del hombre. El hombre, en última instancia, sólo puede ser cuestión dialéctica ante sí mismo y dato referible y responsable ante Dios. En definitiva (usted puede discrepar) el hombre no es lo que él cree de sí mismo, sino la idea que Dios tiene de él.

Me sospecho que el tema acaba superando con creces esas reuniones celebradas en París, del mismo modo que su trabajo —y lo celebro— también las supera.

¿No cree que sería más interesante que buscar a un técnico humanista a un hombre que, además, fuera técnico?

Afectuosamente,

Pedro González-Haba González
Ingeniero de Caminos.